

WALLENSTEIN.—Tú, anciano, ¿yaces en tranquila rada? Yo no. Un poder irresistible me arrastra todavía impetuosamente por el oleaje de la vida; la esperanza es todavía mi deidad favorita; mi alma es joven aún, y cuando me comparo contigo, sí, puedo afirmar con vanagloria que los años rápidos han pasado por mi cabeza sin blanquearla. (Recorre el aposento á grandes pasos, y se detiene en el extremo opuesto, frente á Gordon.) ¿Quién llama falsa á la fortuna? Constante ha sido conmigo; me ensalzó con amor sobre el vulgo de los hombres, sosteniéndome por los peñaños de la vida con sus ligeros y robustos brazos de Dios. Nada vulgar hay en mi destino, ni en las líneas de mi mano. ¿Quién osaría explicar mi existencia, aplicándole las reglas humanas ordinarias? Ahora, en verdad, parece que he caído en el abismo; pero pronto me elevaré, y seguiré raudo mi alto vuelo en alas de la ascendente marea...

GORDON.—Y sin embargo, yo recuerdo el antiguo adagio, que hasta el fin nadie es dichoso... Yo no concebía esperanzas risueñas, después de una fortuna duradera, porque la esperanza es el consuelo del desdichado. El venturoso ha de vivir lleno de temor, porque la balanza de la suerte oscila sin descanso.

WALLENSTEIN. (Sonriendo.)—Páreceme oír hablar ahora al Gordon de otro tiempo... Bien sé cuán mudables son las cosas humanas, y que el espíritu del mal cobra siempre su tributo. Sabíanlo los antiguos pueblos paganos, cuando voluntariamente se infligían un tormento para aplacar á las Decidades malévolas, y sacrificaban á Tifon víctimas humanas. (Después de una pausa, con tristeza, y en voz más baja.) Yo también le he sacrificado... He perdido mi amigo predilecto, y lo he perdido por mi culpa. Ningún favor, pues, de la fortuna podrá alegrarme tanto, cuanto me ha afligido esta desgracia... La envidia de la suerte se ha aplacado,

ha tomado una vida por otra, y el rayo, que debió sacrificarme con dolor, torció su rumbo, y cayó en esa cabeza tan pura y tan amada.

ESCENA V.

Los mismos y SENI.

WALLENSTEIN.—¿No es este que viene Seni? ¡Y qué fuera de sí! ¿Qué motivo te trae tan tarde aquí, Bautista?

SENI.—Mi miedo por tí, señor.

WALLENSTEIN.—Dime, ¿qué ocurre?

SENI.—¡Huye, señor, antes que rompa el día! No te fíes de los suecos.

WALLENSTEIN.—¿Por qué?

SENI. (Con más viva inquietud.)—¡No te fíes de esos suecos!

WALLENSTEIN.—Pero ¿qué hay?

SENI.—¡No esperes la llegada de esos suecos! Amenázate una desdicha que te han de causar falsos amigos; anuncianla señales pavorosas; y la red que ha de perderte, casi, casi te envuelve.

WALLENSTEIN.—¡Tú sueñas, Bautista! El miedo te enloquece.

SENI.—¡Oh! No creas que me engañe sólo el miedo. Ven, léelo tú mismo en los planetas. Te amenaza una desdicha de falsos amigos.

WALLENSTEIN.—Todas mis desventuras provienen de amigos traidores. La profecía ha debido hacerse antes, y las estrellas me son inútiles ahora.

SENI.—¡Oh, ven tú mismo, y miralo! Da fe á lo que te dirán tus ojos. En la región de tu vida se ostenta signo fu-

nesto. Un enemigo próximo, un genio maléfico acecha detrás de los rayos de tu planeta... ¡Oh, atiende al aviso! No te fies de esos herejes que hacen la guerra á nuestra santa iglesia.

WALLENSTEIN. (Sonriendo.) — ¿De ahí viene el oráculo?... ¡Sí, sí! Ahora caigo... Nunca fué de tu agrado esta alianza con los suecos... ¡Anda á dormir, Bautista! No temo esas señales.

GORDON. (Muy conmovido durante este diálogo, se vuelve hacia Wallenstein.) — ¡Oh Príncipe, mi señor! ¿Puedo hablar? De labios humildes salen con frecuencia avisos útiles.

WALLENSTEIN. — ¡Habla sin temor!

GORDON. — ¡Oh Príncipe mío! ¿Y si no fuese vano este signo medroso, y si la Providencia divina se valiera milagrosamente de este hombre para salvaros?

WALLENSTEIN. — Ambos deliráis. ¿Cómo es posible que los suecos sean los autores de mi desdicha? Me han buscado á mí, porque les conviene mi alianza.

GORDON. — ¿Y si, á pesar de todo, la venida de esos suecos... ha de ser quizás el motivo de la desgracia, que amenaza á vuestra vida, al parecer tan segura?... (Cayendo ante él de rodillas.) ¡Oh Príncipe, todavía es tiempo!

SENI. (Arrodillándose también.) — ¡Escuchadle, escuchadle!

WALLENSTEIN. — ¿Tiempo? ¿Para qué? ¡Levantaos!... ¡yo os lo mando; levantaos!

GORDON. (Levantándose.) — El Ringrave está todavía lejos. Mandadlo, y esta fortaleza se cerrará para él. Si quiere situarnos, que lo intente. Yo sólo os digo que él, con todos sus soldados, sucumbirán delante de estas murallas, antes que nuestro valor desmaye. Sabrá entonces lo que puede un puñado de héroes, mandados por un general, también heroico, decidido á enmendar sus faltas. Esto conmovirá y aplacará al Emperador, porque su corazón es propenso á la piedad; y al volver á su lado arrepentido

el Duque de Friedlandia se realzará mucho más á sus ojos de lo que lo estuvo nunca el no caído.

WALLENSTEIN. (Que lo contempla con admiración y extrañeza y calla algún tiempo, manifestando emoción vivísima.) — Gordon... el ardor de tu celo te lleva demasiado lejos, aunque algo haya de perdonarse al amigo de mi juventud... La sangre ha corrido ya, Gordon. Nunca lo olvidará el Emperador. Y aunque así no fuese, yo, yo nunca lo olvidaré. Si yo hubiera sabido antes lo que había de suceder, que habla de costar la vida de mi más querido amigo, y el corazón me hubiese hablado como ahora, puede ser que lo hubiese dudado... puede ser, y quizás no... Pero ahora, ¿qué remedio hay? Demasiado seriamente ha comenzado esto para no acabar en nada. ¡Siga, pues, su curso! (Asomándose á la ventana.) Mirad, oscura está la noche, y reina en el castillo el silencio... ¡alúmbrame, camarero! (El ayuda de cámara, que ha entrado mientras tanto sin ser visto, y que desde lejos ha mostrado vivo interés en el diálogo anterior, hondamente conmovido, se echa á los pies del Príncipe.) ¿Tú también? Pero bien conozco el motivo que te induce á desear que yo me reconcilie con el Emperador. ¡Pobre hombre! Tiene alguna pequeña hacienda en la Carintia, y teme perderla si está á mi lado. ¿Tan pobre soy ya, que no puedo premiar á mis servidores? A nadie quiero violentar. Si crees que la fortuna me abandona, déjame. Hoy me desnudarás por última vez, y despues irás en busca de tu Emperador... ¡Buenas noches, Gordon! Pienso dormir bien, porque hoy he sufrido mucho. Cuidad de que no me despierten muy temprano. (Vase. El ayuda de cámara le alumbró. Seni le sigue. Gordon permanece en la oscuridad, con la vista fija en el Duque, hasta que desaparece á lo lejos: despues expresa con sus ademanes su dolor, y se apoya triste en una columna.)

ESCENA VI.

GORDON, y BUTLER invisible al principio.

BUTLER.—Estad aquí callados, hasta que dé yo la señal.
GORDON. (Adelantándose.)—Él es, en compañía de los asesinos.

BUTLER.—Las luces se han apagado. Todos duermen profundamente.

GORDON.—¿Qué debo hacer? ¿Procuro salvarlo? ¿Pongo en movimiento á los criados y centinelas?

BUTLER. (Presentándose detrás.)—Una luz brilla en el corredor que lleva al dormitorio del Príncipe.

GORDON.—Pero ¿no faltó á mi juramento al Emperador? Y si se escapa y aumenta el poder del enemigo, ¿no será responsable mi cabeza de todas sus terribles consecuencias?

BUTLER. (Aproximándose á él.)—¡Silencio! ¡Escuchemos! ¿Quién habla aquí?

GORDON.—¡Ay de mí! Vale más dejarlo á la voluntad del cielo. ¿Quién soy yo para intervenir en sucesos tan graves? Yo no soy su asesino, si sucumbe; pero su salvación, á mí solo sería imputable, y yo también sufriría todos sus mortales efectos.

BUTLER. (Acercándose aún más.)—Yo conozco esta voz.

GORDON.—¡Butler!

BUTLER.—Es Gordon. ¿Qué buscáis aquí? Tarde en demasía habéis dejado al Duque.

GORDON.—¿Traéis la mano en cabestrillo?

BUTLER.—Estoy herido. Ese illo peleó como un desesperado, hasta que al fin lo derribamos en tierra.

GORDON. (Temblando.)—¡Han muerto!

BUTLER.—Sí... ¿Está ya acostado?

GORDON.—¡Ay de mí, Butler!

BUTLER. (Con precipitación.)—¿Lo está? ¡Hablad! Lo sucedido no puede quedar oculto mucho tiempo.

GORDON.—¡Él no debe morir! ¡No por vuestra mano! El cielo no lo consiente. Ya véis; está herida.

BUTLER.—No hay necesidad de mi brazo.

GORDON.—Los culpables han perecido. Baste ese acto de justicia. Con ese sacrificio queda satisfecha. (El ayuda de cámara viene por la galería con un dedo en los labios, imponiendo silencio.) ¡Duerme! ¡Oh! ¡No le mateis en su sueño, digno de respeto!

BUTLER.—No; morirá al despertar. (Quiere irse.)

GORDON.—¡Ay de mí! Su corazón, preocupado aun con las cosas de este mundo, no se halla bien dispuesto á presentarse ante Dios.

BUTLER.—Dios es misericordioso. (Pugna por irse.)

GORDON. (Deteniéndolo.)—Dejadlo vivir sólo esta noche.

BUTLER.—A cada instante podemos ser descubiertos. (Quiere irse.)

GORDON. (Deteniéndolo.)—¡Sólo una hora!

BUTLER.—¡Soltadme! ¿De qué le servirá tan breve plazo?

GORDON.—¡Oh! El tiempo es una deidad milagrosa. Miles de granos de arena corren en una hora, tan rápidos como los pensamientos en la mente humana. ¡Sólo una hora! Vuestro corazón puede mudarse, el suyo también... puede llegar una noticia cualquiera... un suceso venturoso, decisivo y salvador, venir rápido del cielo... ¡Oh! ¿Qué no puede hacer una hora!

BUTLER.—Me advertís cuán preciosos son los minutos. (Da con el pie en el suelo.)

ESCENA VII.

MACDONALD y DEVEROUX, con alabarderos. Después el AYUDA DE CÁMARA y LOS MISMOS.

GORDON. (Interponiéndose entre unos y otros.) — ¡No! ¡hombre cruel! Antes que cometer con mi consentimiento tan horrible atentado, has de pasar por encima de mi cadáver.

BUTLER. (Rechazándolo.) — ¡Insensato anciano! (Se oyen trompetas á lo lejos.)

MACDONALD y DEVEROUX. — ¡Trompetas suecas! Los suecos llegan á Egra: corramos.

GORDON. — ¡Dios mío, Dios mío!

BUTLER. ¡A vuestro puesto, comandante! (Gordon se precipita fuera.)

EL AYUDA DE CÁMARA. (Que entra apresuradamente.) — ¡Quién se atreve á hacer aquí ruido? ¡Silencio, que el Duque duerme!

DEVEROUX. (En voz alta y terrible.) — ¡Amigo, ahora es ocasión de hacer ruido!

EL AYUDA DE CÁMARA. (Gritando.) — ¡Socorro! ¡Al asesino!

BUTLER. — ¡Matadlo!

EL AYUDA DE CÁMARA. (Que cae á la entrada de la galería, atravesado por el puñal de Deveroux.) — ¡Jesús María!

BUTLER. — ¡Romped las puertas! (Entran en la galería pasando por encima del cadáver. Se oye á lo lejos la caída de dos puertas... voces confusas... ruido de armas... luego, de repente, profundo silencio.)

ESCENA VIII.

LA CONDESA TERZKY.

LA CONDESA TERZKY. (Con una luz.) — La alcoba de Tecla está vacía, y no se la encuentra en parte alguna; falta también la señorita de Neubrunn, que velaba á su lado... ¿habrá huido? ¿Adónde podrá haberse encaminado? Es menester seguirla, poner á todos en movimiento. ¿Cómo recibirá el Duque tan infausta nueva?... ¡Si mi esposo, siquiera... hubiese vuelto del banquete! ¿Estará despierto el Duque todavía? Se me figura que oigo voces y pasos. Me acercaré á escuchar á la puerta. ¡Silencio! ¿Quién está ahí? ¿Quién sube corriendo las escaleras?

ESCENA IX.

LA CONDESA, GORDON, después BUTLER.

GORDON. (Entrando precipitadamente, y sin aliento.) ¡Es una equivocación!... No son los suecos... ¡Detenéos... Butler... Dios mío! ¿En dónde está? (Observando á la Condesa.)

LA CONDESA. — ¿Venís del castillo? ¿En dónde está mi marido?

GORDON (Asustado.) — ¡Vuestro esposo! ¡Oh! ¡No lo preguntéis! ¡Entrad! (Quiere irse.)

LA CONDESA. (Deteniéndolo.) — Pero no antes que me digáis...

GORDON. (Pugnando por desasirse.) — La suerte del mundo

pende de este instante...! ¡Por Dios, dejadme...! mientras hablamos... ¡Dios del cielo! (Gritando.) ¡Butler, Butler!

LA CONDESA.—Está con mi esposo en el castillo. (Butler sale de la galería.)

GORDON. (Al verlo.)—Era un error... no son los suecos... son los imperiales, que entran... el teniente general me envía aquí, y él, en persona, vendrá enseguida... no consuméis vuestra obra.

BUTLER.—Llega tarde.

GORDON. (Apoyándose contra la pared.)—¡Dios de misericordia!

LA CONDESA (Con la mayor ansiedad.)—¿Para qué es demasiado tarde? ¿Quién ha de venir aquí en seguida? ¿Octavio en Egra? ¡Traición, traición! ¿En dónde está el Duque? (Corre hacia la galería.)

ESCENA X.

Los mismos.—SENI.—Luego el BURGOMAESTRE.—Un PAJE.—CAMARISTAS.—CRIADOS, que corren espantados por la escena.

SENI. (Saliendo de la galería con ademanes del más vivo terror.)—¡Acción horrible y sanguinaria!

LA CONDESA.—¿Qué ha sucedido, Seni?

UN PAJE. (Que llega.)—Lastimoso espectáculo. (Entran criados con antorchas.)

LA CONDESA.—¿Qué hay? ¡Decidlo por Dios!

SENI.—¿Todavía lo preguntáis? El Duque yace allí asesinado; vuestro esposo ha muerto en el castillo. (La Condesa se queda inmóvil al oírlo.)

LA CAMARISTA. (Entrando precipitadamente.)—¡Socorred, socorred á la Duquesa!

EL BURGOMAESTRE. (Que llega aterrado.)—¿Qué ayes de dolor tienen despiertos á los que debieran dormir en esta casa?

GORDON.—¡Maldita para siempre es vuestra casa! En vuestra casa yace el Príncipe asesinado.

EL BURGOMAESTRE.—¡No lo permita Dios! (Vase corriendo.)

PRIMER CRIADO.—¡Huid, huid! ¡A todos nos matarán!

SEGUNDO CRIADO. (Con la vajilla de plata.)—¡Fuera por aquí! Las salidas de abajo están cerradas. (Detrás de la escena se oye gritar: ¡Dejad pasar, dejad pasar al teniente general! Al oír estas palabras, la Condesa vuelve en sí de su espanto, y se esquiva con prontitud. Detrás de la escena gritan: ¡Cerrad las puertas; detened al pueblo!)

ESCENA XI.

Los mismos sin la CONDESA.—OCTAVIO PICCOLOMINI con su séquito.—DEVEROUX y MACDONALD vienen del fondo con sus alabarderos. El cadáver de WALLENSTEIN, envuelto en un paño encarnado, es traído al fondo de la escena.

OCTAVIO. (Entrando apresuradamente.)—¡No puede ser! ¡No es posible! ¡Butler! ¡Gordon! ¡No quiero creerlo! ¡Decidme que no!

GORDON. (Sin responder, señala al fondo con la mano. Octavio mira hacia donde señalan, y se queda helado de horror.)

DEVEROUX. (A Butler.)—Aquí está el Toisón de oro, y la espada del Príncipe.

MACDONALD.—Recomendad á la cancillería...

BUTLER. (Señalando á Octavio.)—Hé aquí ahora el único que manda. (Deveroux y Macdonald se retiran respetuosamente.)

Todos se van, y quedan sólo en la escena Butler, Octavio y Gerdón.)

OCTAVIO. (Dirigiéndose á Butler.)—¿Ese era vuestro proyecto, cuando nos separamos? ¡Justo Dios! Yo me lavo las manos. Yo no soy culpable de esa acción horrible.

BUTLER.—Vuestras manos están puras. Habéis empleado las mías en ejecutarlo.

OCTAVIO.—¡Infame! ¿Abusar así de las órdenes de tu señor, y cometer tan sangriento y horrendo asesinato, invocando el sagrado nombre del Emperador?

BUTLER. (Tranquilo.)—Sólo he cumplido su sentencia.

OCTAVIO.—La maldición es compañera de los reyes, y tal el formidable poder de sus palabras, que, á pensamientos fugaces, siguen al punto los hechos, y hechos de todo punto irreparables. ¿Por qué obedecerlas con tanta celeridad? ¿Por qué haberte opuesto á que nuestro clemente soberano le perdonase? El tiempo es el ángel salvador de los hombres... Sólo es de Dios infalible la inmediata ejecución de sus acuerdos.

BUTLER.—¿Por qué tales reconvenciones? ¿Cuál es mi delito? Mi acción es loable por haber librado al Imperio de un enemigo temible, y merece recompensa. No hay otra diferencia entre vuestros actos y los míos, sino que yo he disparado la flecha que aguzásteis. Sembrásteis semilla de sangre, y os admiráis de que sea sangre su fruto. Siempre he sabido lo que hacía, y, por tanto, ni me asustan ni me sorprenden sus resultados naturales. ¿Tenéis alguna otra orden que darme? Parto en seguida para Viena, á depositar mi sangrienta espada ante el trono del Emperador, y reclamar la aprobación, que todo juez recto concede á una pronta y puntual obediencia. (Vase.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, sin BUTLER.—La condesa TERZKY se presenta pálida y desfigurada. Habla con trabajo y con voz débil, sin pasión alguna.

OCTAVIO. (Saliendo á su encuentro.)—¡Oh Condesa Terzky! ¿A este extremo habíamos de llegar? Hé aquí las consecuencias de hechos deplorables.

LA CONDESA.—Son los frutos de vuestra conducta... El Duque ha muerto; mi esposo ha muerto; la Duquesa lucha con la muerte; mi sobrina ha desaparecido. Un yerno es esta mansión, antes tan brillante y suntuosa, y los criados huyen horrorizados por todas sus puertas. Queda la última; la cierro y os entrego las llaves.

OCTAVIO. (Con dolor profundo.)—Desierto también, ¡oh Condesa! queda mi triste hogar.

LA CONDESA.—¿Quién ha de sucumbir además? ¿Quién, además, ha de ser maltratado? El Príncipe ha muerto, y la venganza del Emperador está satisfecha. Perdonad á los antiguos servidores, y que su afecto y su lealtad no se les impute á crimen. El destino sorprendió á mi hermano, y no le permitió pensar en ellos.

OCTAVIO.—Nada de venganza, nada de malos tratamientos, Condesa. Una falta grave ha sido gravemente castigada; el Emperador, ya aplacado, no consentirá que la hija herede del padre más que su fama, y la memoria de sus servicios. La Emperatriz respeta vuestra desdicha, y sólo os abre compasiva sus brazos maternales. Deponed, pues, todo temor. Tened confianza, y abandonaos, llena de esperanza, á la clemencia del Emperador.

LA CONDESA. (Mirando al cielo.)—Yo me confío á la misericordia del más alto Soberano... ¿En dónde descansará el cadáver de Príncipe? La Condesa de Wallenstein yacé sepultada en la Cartuja de Gitschin, fundada por él, y á su lado, por haber ella sido la primera piedra de su fortuna, deseaba él dormir, agradecido para siempre. ¡Oh! ¡Ordenad que lo entierren allí! Igual gracia pido para mi esposo. Ya que el Emperador es poseedor de nuestros castillos, que nos deje siquiera ocupar una tumba, al lado de las de nuestros ascendientes.

OCTAVIO.—Tembláis, Condesa... Palidecéis... ¡Dios mío! ¿Qué interpretación debo dar á vuestras palabras?

LA CONDESA. (Haciendo un esfuerzo supremo, y expresándose con pasión y con nobleza.)—Sin duda tendréis formada de mí una opinión demasiado favorable, para pensar que yo pudiera sobrevivir á la ruina de mi casa. No nos reputábamos tan humildes, que no nos estimáramos indignos de alcanzar una corona... No ha sido posible..., sin embargo, regios son nuestros pensamientos, y preferimos muerte libre y valerosa á deshonrada vida... He tomado veneno...

OCTAVIO.—¡Oh! ¡Salvadla! ¡Socorro!

LA CONDESA.—Es ya demasiado tarde. Dentro de pocos instantes, mi destino se habrá cumplido. (Vase.)

OCTAVIO.—¡Oh casa de muertes y de horrores! (Llega un correo, y entrega un pliego.)

GORDON. (Saliéndole al encuentro.)—¿Qué hay? Este es el sello imperial. (Después de leerlo, lo entrega á Octavio con una mirada de reconvencción.) Al Príncipe Piccolomini. (Octavio se aterra, y mira al cielo lleno de dolor.)

Cae el telón.

FIN.

